

distintamente en el día los que entonces y después se separaron del seno de la iglesia. Apelaron los protestantes al próximo concilio, cuyo nombre solo llenaba de inquietudes y zozobras á la corte de Roma.

Estrechaba el papa por un lado; los protestantes por otro: el turco amenazaba: Francisco I se mostraba muy propenso á sacar partido de estas disensiones. El emperador aguijoneado de tantas cosas á la vez, convocó una dieta en Augsburgo, hallándose en Italia á su vuelta de España. Se celebró la dieta en 1530 con gran pompa y esplendor, como una reunion de que se esperaba un resultado decisivo. Prepararon los teólogos de ambas iglesias sus armas como para un gran certámen. No asistió Lutero, aunque estuvo á una legua de Augsburgo; mas se presentó su amigo Melancthon que pasaba por su primer discípulo y el mas sábio de su escuela. Redactaron los protestantes los artículos de su nuevo Credo, conocido con el nombre de la Confesion de Augsburgo. Los católicos le rechazaron fulminando un decreto contra ella; con lo que volvieron los luteranos á protestar y á apelar al próximo concilio.

Formaron entonces los protestantes la famosa liga, que tomó el nombre de Smalkaldica, del pueblo de Smalkalde, donde fué ajustada. Todo amenazaba una ruptura, y Francisco I se apresuraba á sacar partido de la ocurrencia uniéndose con los disidentes; mas Carlos V supo por entonces conjurar la tempestad, expidiendo en Spira en 1532 un decreto de tolerancia, interin se reuniese el próximo concilio.

Se fortificaba la liga de los protestantes y adquiria cada vez mas importancia. Ya no querian concilio, y en esto eran consecuentes. ¿Qué habia de decidir á menos que se compusiese de individuos de ambas comuniones? Veia muy bien el emperador que ó tenia que reconocer la nueva religion, ó acudir á la fuerza de las armas. Contra la liga Smalkaldica ó protestantes, formó la liga católica, que hubiese impuesto á la contraria, á no ha-

berse empeñado en la desgraciada expedicion de Argel, cuyos resultados motivaron ó aceleraron la ruptura de las hostilidades con la Francia.

No se aprovecharon los príncipes luteranos de estos apuros del emperador para llevar adelante sus designios. En lugar de aliarse con Francisco, acudieron á la dieta que Carlos convocó en Spira en 1543, y le dieron socorros para hacer la guerra. Mas después de la paz de Crespí, cuando se hallaba el emperador libre ya de este embarazo, fue cuando rebulleron con mas fuerza. En la dieta de Worms, celebrada en 1545, se negaron los príncipes alemanes á concurrir al concilio de Trento y dar auxilios contra el turco: en la de Ratisbona, en 1546, donde los príncipes católicos se adhirieron á las decisiones del concilio, volvieron á protestar los luteranos. Por una y otra parte faltaba la sinceridad y se acumulaban motivos de desconfianza y de sospecha. Los protestantes se sentian cada vez mas fuertes, y en el emperador crecia la intolerancia hácia la secta con el odio que era natural hácia los que desairaban su autoridad como jefe del imperio.

Por aquel tiempo falleció Lutero tranquilamente en Eisleben, pueblo de su nacimiento, en febrero de 1546. Por lo poco que se ha dicho de su carácter y su vida, se ve que fué un hombre extraordinario. Formaban la obstinacion y la violencia el distintivo principal de su carácter: sin ellas no hubiese triunfado de tantos obstáculos, como debió de encontrar el establecimiento de su secta. Era la virulencia que reina en todos sus escritos el sello de la polémica del tiempo, ni respiran mas indulgencia los escritos con que se combatian sus doctrinas. Era Lutero un hombre instruido, de una vasta erudicion en materias eclesiásticas, infatigable escritor, orador fácil y elocuente. No eran sus conocimientos puramente de un orden teológico, ni sus gustos todos de un controvertista. Era apasionado de la música, que cultivó toda su vida. Tambien manejó algo el pincel, en-

tendió en relojería y jardinería; y de su afición á las letras humanas ha dejado suficientes testimonios. Nos quedan de él muchas obras en latin y en aleman, muchas cartas familiares, y hasta sus conversaciones de mesa, que han trasmitido con gran diligencia sus discípulos. Concluiremos con un dicho suyo, que nos muestra al menos la variedad de sus lecturas:

«Nadie comprenderá á Virgilio en sus Bucólicas, si no ha sido cinco años pastor.»

«Nadie comprenderá á Virgilio en sus Geórgicas, si no ha sido cinco años labrador.»

«Nadie puede comprender á Ciceron en sus cartas, si no ha tomado parte durante veinte años en los negocios de un gran estado.»

«Nadie crea haber gustado bastante de la Santa Escritura, si no ha gobernado durante cien años las iglesias con los profetas Elías y Eliseo, con Juan Bautista, Cristo y los Apóstoles.»

*Hanc tu ne divinam Æneida tenta,  
Sed vestigia pronus adora.*

Somos pobres mendigos. *Hoc est verum.* 16 februarii anno 1546 (escrito en Cisleben dos dias antes de su muerte.)

Hemos visto en el capítulo IV la gran liga que se formó entonces por los protestantes, y de qué modo se separaron de ella la mayor parte de sus miembros, por la política y artificios del príncipe Mauricio de Sajonia. Cómo en vista de esta separacion ó defeccion se mantuvieron solos en la palestra el elector de Sajonia, y el Landgrave de Hesse, no se concibe fácilmente. Mas la derrota que padecieron en los campos de Muhlberg por las armas del emperador, se presenta como un efecto natural de su imprudencia. La severidad que Carlos V desplegó despues de la victoria, muestra los verdaderos sentimientos de su alma, y que toda la moderacion y

tolerancia que antes habia manifestado, solo se debian á la necesidad, y á los apuros que por todas partes le rodeaban. Victorioso ahora, cambió completamente de tono, y anunció que era un jefe en todo y por todo del imperio. Ya hemos visto con qué severidad, mejor diré, con qué dureza fué tratado el elector, y en seguida el Landgrave, á pesar de sus humillaciones, y que quiso ser tan absoluto en religion, como en el resto. En la dieta de Augsburgo, celebrada en 1548, se presentó con todo el aparato de la magestad, rodeado de los instrumentos de sus triunfos. Allí dictó el *Interim*, es decir, el estado que el culto habia de tener, y lo que los fieles debian de creer, hasta que el concilio que estaba reunido en Trento, decidiese estos puntos importantes.

No se sabe hasta dónde hubiese llegado la política de Carlos V en esta parte, á no encontrar un enemigo encarnizado, al paso que falaz, en el príncipe Mauricio. Cuando se creía en el apogeo del poder, se vió hostilizado por quien debia considerar como su apoyo, pues era su protegido y su hechura. Cuando seguia su obra de persecucion, se vió perseguido y humillado. Soltó al elector á la fuerza, habiendo malogrado la ocasion de mostrarse generoso; y para complemento de desaire y de violencia, tuvo que firmar el tratado de Passaw, por el que se estableció el libre culto de una religion, de la que habia sido enemigo constante y decidido, por ideas, por convicciones, y por celo de su suprema autoridad como jefe del imperio.

Como fué este el último acto del emperador relativo á controversias religiosas, sobre todo en la Alemania, aquí deberiamos terminar esta materia de luteranismo en aquellas regiones, durante su reinado, si su importancia y poderosa influencia no nos obligasen á entrar en otras consideraciones.

Que el movimiento imprimido por Lutero en los espíritus de su nacion y su siglo fué grande y poderoso, toda la historia de dicho siglo y el siguiente lo demuestra.

Otros reformadores, y aun mas atrevidos que él, se presentaron en seguida, como haremos ver muy luego; mas se quedará siempre á su cabeza, por haber sido el primero en aquel siglo, por estar su nombre mezclado con negocios políticos de grande bulto y trascendencia, y porque los sucesores suyos hicieron poco mas que moverse por sus huellas. No podia menos de originar su doctrina disturbios y escisiones en mas de un sentido, y no solo formar una iglesia separada de la de Roma, sino subdividir la cismática en otras tantas ramas como podian ser los que por conciencia, por ambicion política ú otras causas, se erigiesen en reformadores. Estableciendo Lutero por principio que era nula la autoridad de los concilios, de los santos padres, de la corte romana en materias de dogma, y que la verdadera fuente de la fé se hallaba tan solo en la escritura, daba á entender que la habian interpretado mal, ó por ignorancia ó por malicia. Esta autoridad de que despojaba á los demas ¿á quien la transferia? ¿Quién era el intérprete legal de unos libros de que otros habian abusado? ¿Lo era él mismo? Mas segun sus propias doctrinas podia también equivocarse. ¿Qué derecho tenia nadie, siguiendo este principio, de imponer su opinion ó su creencia á los demas? ¿No era esto lo mismo que decir, que podria haber tantas creencias ó dogmas, cuantos fuesen los hombres, que despues de acudir á la fuente, es decir, á consultar la escritura, pudiesen interpretarla de distinto modo? Así la diversidad, la discordancia, las variaciones de todas las iglesias separadas de la romana, eran una consecuencia natural, inevitable del principio del saudimiento del yugo de la autoridad, sentado por Lutero. Que presintió las consecuencias de esto mismo, y que muchos, siguiendo su ejemplo, iban á sacudir el de la suya propia, aparece claro de algunos pasajes de sus memorias mismas. Consta también de ellas, que tenia dudas de algunas cosas que habia dicho, que le pesaba de haber ido en otras demasiado lejos, y que lo atribuía á la virulencia con

que habia sido tratado por sus enemigos. Sea por esto, ó porque no se tuviese por suficiente autoridad, es un hecho que dejó muchas cosas por decidir de un modo claro, y que sobre otras no quiso pronunciarse. Habiendo abolido los votos monásticos, jamás quiso valerse de su influjo para expeler de los conventos las personas que no querian abandonarlos. Mostrándose enemigo de las misas rezadas, pensó que debian conservarse las cantadas, con tal que se mezclasen en ellas algunos salmos en aleman, que diesen un aire nacional á dicha ceremonia. Sobre el purgatorio no fué explicito; y en cuanto á la presencia real en la Eucaristia, no solo no la negó, sino que se mostró enemigo de los que la rechazaban. Uno de los grandes tormentos de su vida, fué la muchedumbre de consultas en materias de creencia con que le abrumaban, y á quienes no podia dar una respuesta categórica. Vivió bastante para ver otros innovadores ponérsele delante, y zaherirle por la timidez de sus doctrinas; para deplorar abusos que hacian de ellas la ignorancia y la ferocidad, y para conocer por experiencia, que si los luteranos representaban un gran papel en el mundo, no se hallaba Lutero en el apogeo de su autoridad y de su gloria. No fueron sus últimos años muy felices, y su muerte vino sin duda á libertarle de mucha ansiedad y mucha angustia.

Antes de pasar al mismo luteranismo ú otras sectas religiosas que cerca de Alemania y en otras partes se planteaban, nos extenderemos algo mas sobre los efectos que bajo el aspecto político la reforma en aquel pais produjo. Prescindiendo del influjo que pudo tener la propia conviccion ó la conciencia, hemos indicado que á los príncipes que abrazaron la doctrina de Lutero les asistían los motivos políticos de separarse de Roma, de ahorrarse las contribuciones indirectas con que á los gastos de aquella corte concurrían; de aprovecharse de los despojos de la iglesia, de darse á ellos mismos mas importancia con respecto al jefe del imperio. Los

mismos sentimientos que animaban á los grandes hácia otro mayor, debian de influir en los pequeños en sus relaciones con los grandes. A la emancipacion evangélica no podian menos de seguirse disturbios políticos, y una pugna para obtener en lo mundano los mismos efectos que en lo religioso. A las opiniones de Wicleff se siguió en Inglaterra la faccion de los Lolardos. Tuvo por consecuencia el suplicio de Juan de Huss y de Jerónimo de Praga la guerra de los hussitas en Bohemia. A los principios de las innovaciones de Lutero, y aun antes, se insurreccionaron una muchedumbre inmensa de paisanos en Suavia, en Franconia, en Alsacia, en los círculos del Rhin, en otras partes de Alemania, pidiendo con las armas ser libertados del yugo de los señores, alegando los derechos que como á cristianos les estaban asignados en el Evangelio. En doce artículos extendieron las condiciones de su pacificacion y desagravio; debiendo decir por amor á la imparcialidad que muchos parecian justos, y que sus mismas quejas muestran bien el grado de abyeccion y servidumbre en que vivian. Citaremos algunos: que se les permitiese elegir su pastor y deponerle, siendo de cuenta de ellos el pagarle: que no fuesen propiedad de nadie: que se aboliese el derecho exclusivo de caza y otras cosas comunes: que se aliviase los servicios públicos, que se disminuyesen las contribuciones.

Se creyó Lutero como interpelado en esta grave controversia, y tuvo á punto de deber y honra el pronunciarse. En lugar de mostrarse favorable á los paisanos, les aseó su insurreccion y su alzamiento, diciéndoles que no era de cristianos vindicar sus agravios con las armas en la mano: que acudiesen á las de la moderacion y de la súplica. Con la misma energía que á los paisanos, se dirigió á los señores, echándoles en cara su espíritu opresivo, exhortándoles á la misericordia y á la indulgencia; concluyendo por proponer á los partidos una avenencia por medio de mútuos delegados. Con este

término medio de conducta que adoptó Lutero por no comprometerse mas abiertamente, no dejó contenta á ninguna de las partes. Se remitió el negocio al fallo de las armas, y se decidió en favor de los señores, quedando los paisanos vencidos, derrotados y dispersos. Su jefe principal llamado Muncer, hombre osado y feroz, que arrastraba la muchedumbre con su elocuencia violenta y sanguinaria, pereció en el cadalso con los principales de sus cómplices.

No mostró Lutero pesadumbre por este desenlace de la insurreccion de los paisanos. Le consideró al contrario como un justo castigo de un crimen de desobediencia. Y tal vez se alegró en secreto de ver reprimidos unos excesos y desórdenes que los católicos achacaban naturalmente á sus doctrinas.

Fué esta guerra de los paisanos en extremo cruel y sanguinaria. Se abandonaron los insurgentes á toda suerte de furor y desenfreno como toda muchedumbre guiada por sus instintos groseros, que ha sacudido el yugo de toda subordinacion y disciplina. Si su conducta y la suerte de sus armas excitó tan pocas simpatias en Lutero, el incendio que promovieron el año de 1534 en Munster los anabaptistas, fue objeto de su cólera y de una indignacion violenta.

Eran los anabaptistas una secta, donde se predicaba, entre otras cosas, que los hombres no debian bautizarse hasta ser adultos; por cuya razon, siendo el bautismo de la infancia nulo, no se podia salvar quien no lo renovase. En apoyo de esta novedad, citaban el bautismo de Cristo en el Jordan, antes de tomar el camino del desierto. Se introdujeron estas innovaciones en Munster, donde, desde el año de 1530, habia penetrado la doctrina de Lutero. No se descuidaron, como sucedia á todos, de propalar y difundir la suya, que no dejaba de encontrar prosélitos. Iba su predicacion acompañada de vociferaciones, de violencias; y entre los ardientes entusiastas se distinguia un sastre llamado Juan de Leyden, por su elocuen-

cia, y la audacia con que habia contribuido á introducir aquella novedad en Munster. Mostraban hácia la iglesia de Lutero la misma aversion que á la de Roma, lo que era un nuevo motivo de pugna entre ambos bandos. Hay cuatro profetas, decian los anabaptistas; dos verdaderos y dos falsos. Los primeros son David y Juan de Leyden: Lutero y el papa los segundos. Al fin los católicos y los luteranos expelieron de la ciudad á los anabaptistas; mas volvieron en mucho mayor número y con mas audacia, corriendo las calles, exhortando á los hombres á la penitencia, al mismo tiempo que se apoderaban de los puntos fuertes, de la casa de ayuntamiento y de la artillería. Los católicos y protestantes se armaron por su parte para atacar á los anabaptistas, y despues de varios combates sin resultado alguno, se convinieron en que cada uno ejerciese libremente su creencia. Los anabaptistas, sin miramiento á este tratado, llamaron en secreto á los de su persuasion, que se hallaban en los pueblos inmediatos. Cuando los luteranos y católicos vieron que la ciudad se llenaba de gente forastera, se salieron inmediatamente los ricos del pueblo, como pudieron, dejando solo dentro á los mas pobres. Entonces los anabaptistas se apoderaron del mando, depusieron el ayuntamiento, formaron otro nuevo. De allí á unos dias, despojaron los conventos y las iglesias, corrieron las calles, llamando á gritos á los hombres á la penitencia, á que recibiesen el bautismo, amenazando con la muerte á los impios que no se marchasen al instante. A todos los que no eran de su secta hicieron salir de Munster, sin distincion de edad ni sexo.

Dueños de Munster los anabaptistas, mandó un profeta supremo, Juan Mattiessen, que todos pusiesen sus bienes en comun, y que nadie ocultase nada, pena de la vida; apoderándose asimismo de los de los fugitivos. Se mandó asimismo que no se conservasen mas libros que los de la Biblia y Antiguo Testamento. Todos los demas fueron quemados en la plaza de la catedral, estimándose su precio en mas de veinte mil florines.

Habiendo muerto á las puertas de la ciudad este profeta por las tropas del obispo que la sitiaban, le sucedió en el cargo Juan de Leyden, quien tomó á su viuda por esposa. Dieron á pocos dias los sitiadores un asalto, que fué rechazado con gran pérdida, y adquirió con esto Juan Leyden nuevo crédito, que le hizo mas osado. Nombró doce fieles para que fuesen los ancianos de Israel: declaró que Dios le habia revelado nuevas doctrinas sobre el matrimonio. Los predicadores con quienes la discutió, abrazaron su opinion, y por tres dias consecutivos predicaron la pluralidad de las mujeres; doctrina que fué inmediatamente puesta en práctica, con todas las violencias del mas bárbaro libertinaje.

En la fiesta de S. Juan de 1534, un nuevo profeta de oficio platero, llamado Warendorff, reunió al pueblo y le anunció que habia tenido una revelacion en virtud de la que debia reinar Juan de Leyden sobre toda la tierra, y ocupar el trono de David, hasta el tiempo que el Dios padre viniese á pedirle la entrega del gobierno. Los doce profetas fueron depuestos, y nombrado rey Juan de Leyden.

Se rodeó el nuevo monarca de una corte completa, magnífica y pomposa; creó todos los cargos y empleos que se ven en los palacios reales; elevó á una de sus mujeres al rango de reina; se hizo con un tren de cuarenta ó cincuenta caballos, todos ricamente enjaezados. Adornado con los trajes mas magníficos hechos con vestiduras de la iglesia, se presentaba en la calle con todo el aparato de un gran rey, acompañado de pajes, uno de los que llevaba su Biblia y su corona, y otro su espada desnuda. Al mismo tiempo se abandonaba á todos los excesos de la crueldad, de la licencia y desenfreno. Habiendo dicho una de sus reinas á las compañeras que no creia conforme á la voluntad de Dios que dejase perecer al pobre pueblo de hambre y miseria, la hizo conducir á la plaza del mercado en compañía de sus demas mujeres, y habiéndola mandado que se ar-

rodillase en medio de sus compañeras, prosternadas como ella, la cortó con su misma espada la cabeza. Las demas reinas cantaron gloria á Dios en las alturas, y el pueblo se puso á bailar en torno del cadáver.

Tanto delirio y desenfreno no podian ser de larga dura. Se estrechaba el sitio, y los de adentro estaban reducidos á la última miseria. Llegó á ser tan grande el hambre que se llegó á distribuir la carne de los muertos, exceptuándose solo los que habian tenido enfermedades contagiosas. El dia de S. Juan de 1535 se dió otro asalto y se tomó la plaza despues de una obstinada resistencia. Todos los anabaptistas fueron pasados á cuchillo. El rey y su teniente fueron cogidos prisioneros, y despues de mas de seis meses de prision, salieron al suplicio, donde fueron atenaceados y muertos de una puñalada en el pecho, despues de una hora de tormento.

Esta catástrofe atroz de los anabaptistas de Munster, fué la última de esta clase que tuvo lugar en Alemania en toda la primera mitad del siglo á que nos referimos. Ya veremos repetidos, no precisamente los mismos horrores, mas otros que se les parecen, en Suiza, en Francia, en los Países-Bajos, en Escocia, dando por resultado la observación exacta de que las guerras religiosas han sido siempre las mas crueles y atroces de las guerras.

Hemos indicado que no se concretó el luteranismo simplemente á la Alemania. En los mismos tiempos de que hablamos, no dejó de penetrar por Francia y por Italia; llegó hasta España, á donde le llevaron los soldados luteranos de Carlos V, pues en las filas imperiales tenian cabida todas sectas y naciones. Una gran parte de los excesos, sobre todo las profanaciones que se cometian en Roma durante su ocupación por las tropas de aquel príncipe, se atribuye á los soldados luteranos.

Para concluir todo lo relativo á las contiendas religiosas de Alemania en la época de Carlos V, diremos dos palabras acerca del Concilio de Trento, hecho histórico demasiado interesante, para que se pase en silencio

tratándose de tales controversias. Como hecho le bosquejaremos, pues, con sencillez y concision, sin ningun exámen, sobre todo en la parte teológica (1).

La idea de un concilio ó de cualquiera otra asamblea de esta clase, debió de ocurrir y ocurrió efectivamente, en todas las novedades extraordinarias, en todos los graves conflictos, en las escisiones de efectos muy trascendentales, en cuantos peligros amenazaron la nave de la iglesia. Todos los grandes concilios generales, representan efectivamente algunas de estas situaciones. No es extraño, pues, que cuando la heregia de Lutero tomó tanto incremento en Alemania, se fijase la opinion en un Concilio, como la medida mas eficaz para curar estos males de la iglesia. Los mismos protestantes parecian desear esta celebracion, cuando apelaron al próximo Concilio; al protestar contra las decisiones de Spira y de Augsburgo; y hasta Lutero tocó esta especie en respuesta á su condenacion en Roma. Deseaba mucho este concilio Carlos V, tanto con objeto de acabar asi con la heregia, como con el fin de que se hiciesen aquellas reformas sobre disciplina y gobierno temporal de la iglesia que reclamaban la opinion, y parecian los medios mas conducentes para que no se renovasen en adelante tan funestas escisiones.

Mas la córte de Roma no vió con los mismos ojos este negocio de concilio. Sin duda recordaba los recien-

(1) Entre los varios historiadores que consagraron su pluma á la descripción de este Concilio se distinguen dos, marcados por la diversa índole y carácter de sus narraciones. El uno es Fra Paolo Sarpi, fraile servita veneciano; nada adicto á la curia romana, y propenso á emplear siempre el lenguaje de la censura y hasta de la sátira. El segundo es el cardenal Palavicini, cuya historia parece principalmente dirigida á refutar los errores del primero que designa con el nombre de *Suave*, pues bajo el seudónimo de *Suave Polano* publicó en Londres por primera vez Fra Paolo su historia. Como en los hechos substanciales que son los que nosotros consignamos, convienen los dos con corta diferencia, de cualquiera de los dos podríamos tomarlos, mas para no errar en esta materia delicada nos valdremos exclusivamente de la del Cardenal, y á el exclusivamente nos referimos en un todo sobre lo poco que segun el objeto de nuestra obra, tendremos que narrar de este Concilio.